

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Nº 9. 4 de agosto 1984

SUMARIO

Poesía última, por Amador Palacios (pág. I)
Las cenizas de la flor, por Angel Crespo (pág. II)
¿Mi libro preferido?, por Eduarda Moro (pág. II)
Los folletines de La Voz del Tajo (pág. III)
Dedicatoria a Nathanael Palacios Mayordomo (pág. IV)
Cómic, por Fernando Blázquez (pág. IV)

La mujer barbuda

Poesía última

Pronunciar una conferencia sobre poesía última es, con perdón del conferenciante, sólo dictar un moribundo borrador; última hoy y quién sabe si anciana y encumbrada o inexistente mañana. El interés, sin embargo, queda sobradamente salvado por su dinámica intrínseca y por lo aventurado de la apuesta —si acaso ésta tiene lugar—, o, al menos, por la fragilidad de su balance. Y si, para colmo, como es el caso, hay que hablar de poesía última española, la expectación y el "morbo" se redobla. No incurro en ninguna originalidad al afirmar que nuestra patria está afectada, de un modo cancerígeno, de una ya larga crisis literaria; pero, como toda excepción tiene su regla —si no, dejarían de tener sentido regla y excepción—, de ningún modo se ha visto atrapada por la enfermedad nuestra poesía; no sólo la de ahora, la última, la ultimísima o la relativamente reciente, sino toda la poesía española de cualquier tiempo y lugar.

En una conferencia como la que se oír a continuación de mis breves palabras, se tendrá que hablar, se deberá hablar de poesía en abstracto, de vagas consideraciones, de argumentos generalizados, por un lado, y de poetas concretos, de ejemplos significativos, por otro. Después, lo divertido, lo "poético", además de felicitar al conferenciante

y cambiar impresiones con los colegas y el público, antes de cenar, sorber unos granizados y concluir un broche erótico en la habitación de nuestro hermoso hotel, lo adecuado —repito— sería tomar el hipotético impreso quinielístico, trazar un resultado y graparlo al testamento ológrafo para que nuestros rutilantes tataranietos puedan dar un visto bueno, o un visto pésimo, a nuestra perspicacia de hoy. Hay tanta profusión de nombres y apellidos, tanta mafia periodística, tantas tribunas de mayor o menor tamaño, tanto papel impreso (legible o ilegible), tanta réplica y contrarréplica, que sería apabullante, y motivo sobrado para clausurar la stylográfica, que todo quedase para los diccionarios, enciclopedias, ensayos, antologías e informes venideros. ¿Quién, de estos poetas últimos, pasará a la letra mayúscula del justo futuro, como auténtico poeta mayor? ¿Quién quedará en una despreciable negrita? ¿Quién será referido sólo en una vergonzante cursiva? ¿Quién irá de cabeza a un muy sedante olvido? ¿Quién, de los ahora superlativamente olvidados, será superlativamente recordado? Acudamos al tópico, para dejar en el aire, aplazadas, y para no quebrarnos más los "cascos", nuestras presentes dudas: "no son todos los que están ni están todos los que son".



Este batiburrillo, lejos de ser un problema, constituye, muy al contrario, un suceso transitorio, justo y necesario, y, paradójicamente, clarificador, un material abundante para saber, a la postre, por dónde van los tiros. Pero afortunadamente, a estas alturas de siglo, de las vicisitudes de la nación y del propio ritmo de la

poesía, creo que los tiros no van para ningún lado y se dirigen a todos lados. Esto, que no es exclusivo de la poesía, discurre, paralelamente, en pos de los caminos de la moda. Si nos sentamos a la puerta de este recinto encantador y miramos la calle, veremos pasar, atendiendo a su indumentaria, seres diferen-

ciados, contrastados y hasta enfrentados; hay para todos los gustos: trajes —estilo tecnocracia franquista—, minifaldas y maxifaldas, pelos tipo recluta, barbas pogres —todavía—, botas camperas —aun en verano—, botines rockeros, alpargatas campesinas, hechuras plisadas, chupas de cuero, camisas perfectamente planchadas, arrugas bellas, colores, subcolores, negación del color y estallido del mismo: en suma, muchísimas, clases de vestimentas que, debido a mi escaso conocimiento en la materia, no puedo nombrar con precisión porque no sé. Lo mismo, más o menos, pasa con la poesía última, dispersa y promiscua, ferozmente cambiante simplemente por motivos biológicos, pues sus hacedores —a causa de su edad— aún no tienen todo claro ni tampoco han sentido sus "geniales" cabezas.

En unos momentos transitorios, difíciles, en los que todo ciudadano está pendiente —con más o menos optimismo o pasotismo— de una gran amenaza (la nuclear, ¿cuál va a ser?), cómo pueden comportarse los poetas y, en consecuencia, su poesía? con libertad, una libertad ejercida más como reacción ante lo confuso, que como compromiso ante la felicidad y el futuro que —difícilmente— pueda tamararla. Cuando he leído a algún columnista que la poesía reciente está invadida por el culturalismo, la vuelta a lo pagano y la pureza, frunzo el rictus, guño un ojo,

(Pasa a la página IV)